



—¿Qué te parece un viaje de novios por mar?
—Ya sabes el miedo que tengo al mareo, Juan.
—No te preocupes; el amor es el mejor remedio para el mareo.
—Sí, pero ¿y la vuelta?

Ayuntamiento de Madrid

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605, Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

Los famosos
polvos insecticidas

LEYER Y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de julio

P R E M I O

Lectores amigos: ¡Llegó el día de la emoción! Hemos leído y releído todas las soluciones. Después de separarlas detenidamente, creemos, con la mano puesta sobre el corazón, que la solución que más se adapta a la escena dibujada por nuestro sueco colaborador señor Bergstrom es la siguiente:

El camarero.—¿Por qué se limpia usted los dientes debajo de la mesa?

El señor.—No, si no me limpio. Me estoy afilando los dientes para poder comer el biftec que me ha traído usted. debida al ingenio de **DON RAMIRO IGLESIAS**, de San Sebastián.

Por tanto, en esta Redacción están a disposición del agraciado concursante o persona debidamente autorizada, las **100 magníficas pesetas**, cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

¡Ah! Enhorabuena.

Primera lista de soluciones al concurso de agosto



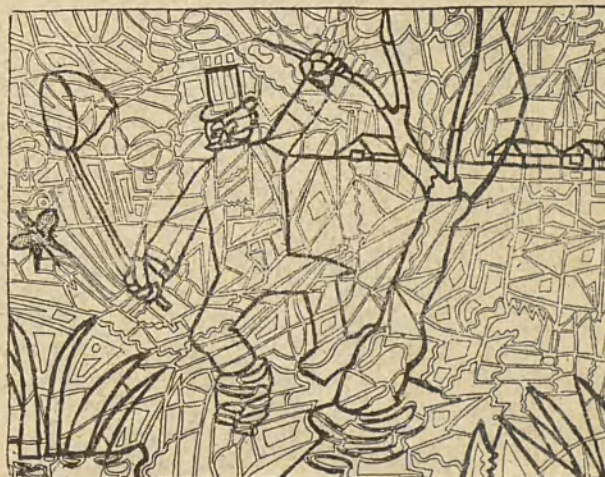
José Reniú Calvet.—Mataró.



Licenciado San Román.—Madrid.



María León Rodríguez.—Ceuta.



A. Scalh.—Barcelona.

VARON DANDY

TODO EL
MUNDO
SE AFEITA
CON



LA
CREMA
DE
AFEITAR

VARON DANDY

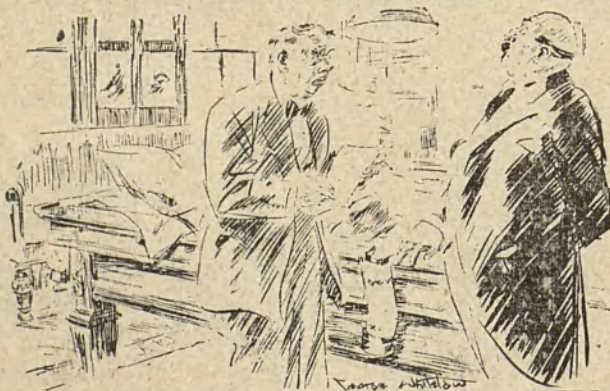
RÁPIDA-CÓMODA-HIGIÉNICA

CUPÓN

correspondiente al núm. 458 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar á todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



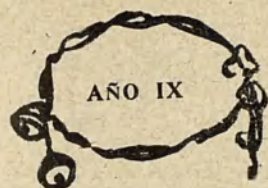
El cliente.—¡Esto es un abuso! ¡Me cobran 24 pesetas de cama y he dormido sobre la mesa de billar!
El propietario del hotel.—¿Y de qué se queja? ¿No sabe que la mesa de billar cuesta 3 pesetas la hora?

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

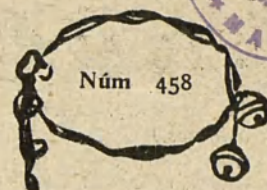
Se reñiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 pts.



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 7 de 6e septiembre 1930



UNA PROPOSICION RECHAZADA



El rectangular salón, modesto en sí, adquiría un aire suntuario, a causa del decorado aspecto de los concurrentes. Hagamos una rápida descripción del paraje. Sobre el estrado, una flamante mesa de pino, rodeada de butacas de cuero. Tras las barandilla divisoria, crecido número de sillas de anea. En las esmaltadas paredes, cuadros y cortinones. Una gran lámpara, colgada del techo, alumbrando la estancia.

Los individuos que ocupaban el salón, vestían todos ternos andrajosos, exhibiendo agujeros en codos y rodillas. Como uno de los concurrentes, más curioso, llevara zurcidos los harapos, los restantes compañeros, por lo bajo, rezongaban:

—¡He aquí un hombre que se echa remiendos en el traje! ¡A lo que arrastra la vanidad!

—¡Este tipo es un insoportable "dandy"!

Los diálogos allí sostenidos, nada armonizaban con la miserable traza de los presentes. Por ejemplo, cierto individuo todo mugriento y otro caballero de sucia pelambreira, conversaban así:

—Ayer he adquirido un fuerte lote de amortizable al cinco por ciento...

—Buen papel. Ese valor tiene que subir... Yo me dedico a la especulación de solares. Se obtiene con ello una gran utilidad...

En esto, unos cuantos individuos, idénticamente derrotados de indumento, se sentaron en las butacas situadas en el estrado, alrededor de la mesa de pino. Un sujeto barbudo, colocado frente al centro del mueble, agitó una campanilla, anunciando a continuación:

—Como presidente, declaro abierta la primera Asamblea local de Mendigos... Tiene la palabra el compañero Pérez.

Al otro extremo de la barandilla separatoria, es decir, en el lugar destinado a los asambleístas, Pérez, tipo, bien característico de pedigüño, se alzó del asiento, comenzando su discurso:

—Señores asambleístas: Ante todo, un saludo a la honrada colectividad. Grata complacencia por ver aquí reunidos, dispuestos a celebrar su asamblea, a los dignos mendigos de la ciudad... ¿Necesitaré recordar la idiota competencia que antaño nos hacíamos los individuos dedicados al noble oficio de pedir limosna? Supongo que no habréis olvidado el anterior desbarajuste. Al acudir todos a los mismos lugares, nos quitábamos bo-

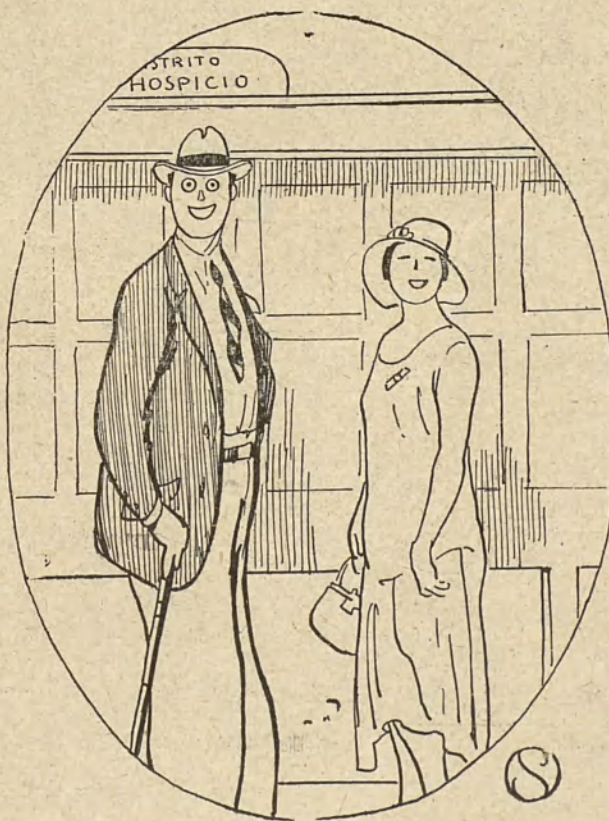
bamente la parroquia unos a otros, obteniendo mezquinas recaudaciones. Por ello, fué preciso pensar en una reorganización... Los pordioseros celebramos una reunión magna para tomar acuerdos salvadores. He aquí las decisiones adoptadas en la junta: Limitación de las plazas de pedigüño, para lo que se solicitó de los Poderes públicos severas órdenes, disponiendo que la profesión de mendigo no fuese declarada libre... Prohibición de hacerse la competencia, para lo cual se realizó un equitativo reparto de calles, señalando a cada asociado su zona de pordiosear. Naturalmente, nuestras legítimas aspiraciones fueron atendidas por las autoridades en el acto... Así, pues, establecido el consorcio de la mendicidad, se montaron puestos de pedir limosna, que se subastan, adjudicándose al mejor postor. Gracias a nuestra perseverancia, hemos conseguido que, desempeñando el oficio de pordiosero, en el cual antes, a causa de la competencia, siempre se era pobre; hoy, merced a la nueva organización, produzca excelentes ingresos. He dicho. (Aplausos.)

El presidente anunció:

—Va a hablar el compañero Fernández.

El nombrado, bizco, con el traje lleno de sietes, se puso en pie, perorando:

—Señores asambleístas: Sólo deseo añadir breves palabras a las elocuentes frases expuestas por mi compañero Pérez... Pretendo hacer destacar ante los señores asambleístas ciertas mejoras de la organización moderna. En los actuales pedigüños hay una gran decencia, en contraste con los anteriores mendigos, cuya mayoría, declaro tal baldón sonrojado, eran unos grandes sinvergüenzas. Gente indocumentada, de ninguna delicadeza mo-



Dib. SILENO.—Lourido.

ral... Los pordioseros de hoy, por el contrario, somos todos honrados, dignos, solventes. He querido hacer resaltar la diferencia, compañeros. (*Grandes aplausos.*)

A continuación, el presidente dijo:

—Concedo el uso de la palabra al compañero Martínez.

El aludido, malvestido con un terno de desgarrones, empezó a discursar:

—Señores asambleístas: Voy a ocuparme de las ventajas del nuevo modo de pedir, examinadas desde el punto de vista económico. Evidentemente, los pordioseros actuales contribuimos a los ingresos del Erario. Los desgraciados pobres antiguos nada satisfacían a la Hacienda. Nosotros abonamos el correspon-

diente impuesto de utilidades, según escala, en proporción a los ingresos. El Ayuntamiento percibe buenas sumas por sus participaciones en la venta de credenciales. Al adquirir automóviles, fincas, terrenos, etc., pagamos los oportunos tributos. Como nuestros hijos estudian carreras, el Estado recibe muchas pesetas nuestras por semejante concepto. En suma, creo haber demostrado que es más útil para todos el moderno procedimiento de explotar la caridad. (*Prolongados aplausos.*)

El presidente, poniéndose en pie, participó:

—Va a darse cuenta a la Asamblea de una propuesta recibida en la mesa

presidencial. Por propia boca del interesado, os enteraréis del asunto a deliberar. El señor López tiene la palabra, para la defensa de su proposición.

Se alzó del asiento el señor López. Era el sujeto que llevaba el traje recomendado. El orador empezó advirtiendo:

—Lo primero, diré que yo no soy mendigo...

Uno de los concurrentes murmuró:

—¿Eh? Con razón yo sospechaba algo. Desde un principio, este tipo me parecía demasiado elegante.

—Claro está—afirmó el colega inmediato—. Por fuerza, un hombre tan bien vestido, no podía resultar pedigrüeño.

El señor López prosiguió su peroración:

—Someto mi dramático caso al criterio de la Asamblea. Yo, señores, soy un obrero sin trabajo. Carezco de recursos. Mi familia está enferma. Ahora no se trata de esa historia que vosotros explotáis con tan excelente éxito. Por desdicha, el hecho puede comprobarse. Visto el patetismo estado de penuria en que me hallo, solicito que se me conceda gratis el puesto de pedir limosna de la calle de la Greda, junto a la iglesia de San Eloy. ¡Ved que narro una circunstancia de dura necesidad! ¡Otorgadme tal vacante, que supone mi salvación! ¡Misericordia para mí!

—¡Debe cumplirse el reglamento!—alegó uno de los mendigos.

—¡Que abone el interesado dos mil pesetas, de cuya suma pronto se reintegraría, y es para él la plaza!—expuso otro de los concurrentes.

—Carezco de dinero—argumentó el señor López.

Entonces, el presidente propuso:

—Que los señores asambleístas dispuestos a aprobar la petición del señor López, respecto a que le sea adjudicada libremente la plaza de pedir limosna de la calle de la Greda de esta ciudad, hoy vacante, que se pongan en pie. Por el contrario, aquellos compañeros que crean que no debe accederse a dicha propuesta, que se queden sentados.

Todo el mundo permaneció inmóvil en sus asientos. En vista del adverso resultado de la votación, el presidente explicó:

—Queda rechazada la proposición... No se adjudica al señor López dicho puesto de pedir limosna a causa de la reconocida pobreza del solicitante.

La Asamblea pasó a deliberar otros asuntos. El señor López se puso en pie. Silenciosamente salió del salón abrumado ante el justo razonamiento.



FIESE DE LAS MARGARITAS

Historieta por Castillo.

LUIS ESTEBAN



—¡Señorito, señorito! ¡Su hijo Pepito se ha caído en el mar hace dos horas, y no sale!
—Bueno, no importa. Tengo más en casa.

Dib. SAMA.—Madrid.

El calor que ha hecho estos días en todo el planeta

Telegramas del servicio de «BUEN HUMOR»

ESPANTOSOS CALORES EN CHECOESLOVAQUIA.—Praga, 7.—Desde hace la friolera de cuatro semanas (la única friolera que hemos podido registrar en esta nación), estamos aguantando aquí un calorcito que, francamente, monda. El sudor está de última moda, la gente echa chispas y los campesinos echan un olor que es una vergüenza. Ayer hubo en Praga 59 grados al sol, hoy dicen que va a haber 60, y mañana va

a haber que marcharse, porque esto ya es la caraba.

Un sacerdote, comentando estos calores en un sermón lleno de faltas de ortografía, ha dicho recientemente que esto es un castigo del cielo, que envía este fuego a causa de la inmoralidad reinante en Praga. Si es así, reconocamos que Praga está *pragando* demasiado cara su afición a los *cabarets* y a las señoritas sin medias.

El Observatorio participa que la próxima semana la temperatura va a ponerse como para hacerla unos versos de desesperación esproncedica.

Ya veremos cuándo quiere Dios que cesen estos recalentamientos tan inicuos.

HORRIPILANTE SEQUIA EN DINAMARCA.—Copenhague, 7.—Debido a la asquerosa ola de calor que se está enseñoreando de Europa, de algunas partes de América, de las partes centrales de Asia y de las partes blandas de Andorra, tenemos que sufrir en Dinamarca la más deficiente sequía que registran los siglos. La falta de agua resulta ya absurda. ¡Hasta tal extremo, que no hay agua ni en el vino!

Los ríos arrastran una vida lánguida, y el gran puente sobre el Fakundemunde tiene los ojos secos, igual que esas personas traidoras que no quieren llorar, pase lo que pase.

Se han agotado dos ediciones del Almanaque de Gotha, por creer la gente que ese almanaque anunciaba los días de lluvia. El desencanto, como ustedes calcularán, ha sido estrepitoso y ha dado lugar a generales protestas y a abundantes bofetadas que los libreros han tenido que recibir por engañar al público con el almanaquito susodicho.

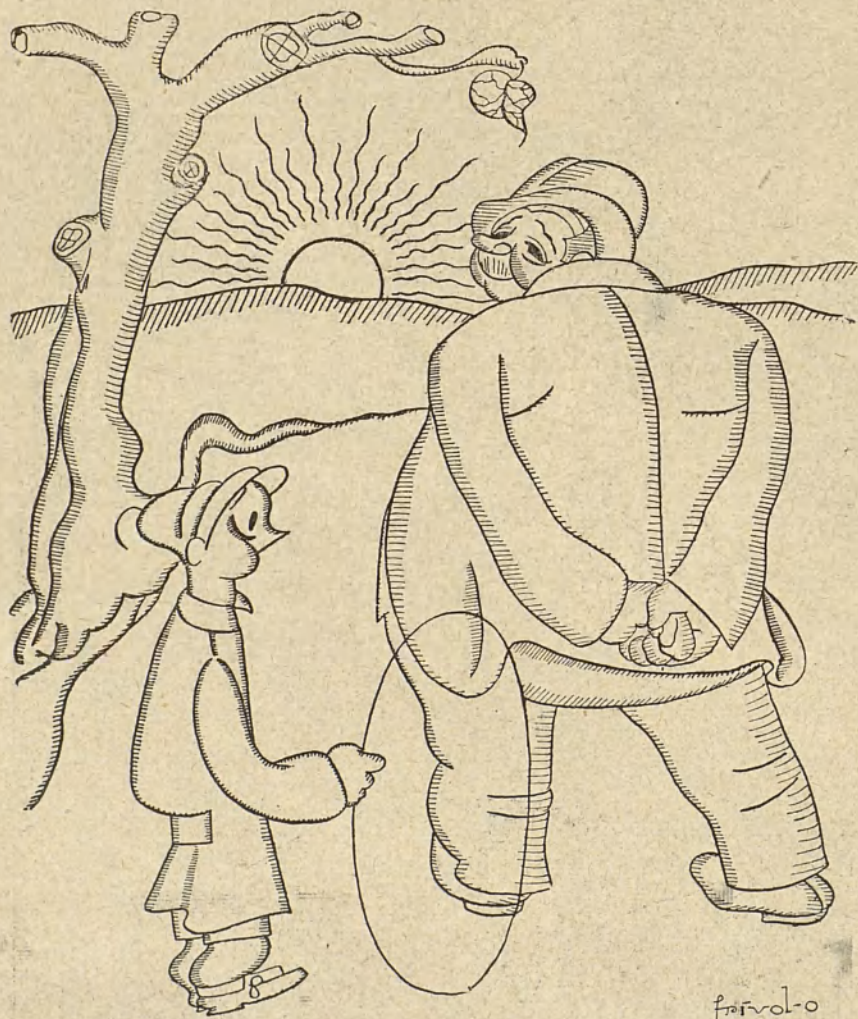
Todas las mangas de riego de la población se están apolillando, y las fuentes públicas presentan una capa de polvo que es una irrisión.

Mañana se reunirá el Parlamento para acordar medidas que acaben con la sequía.

Aunque no confiamos en que los diputados sean tan listos que encuentren el modo de hacer aguas.

Y como si no se hacen aguas (sean de la calidad que sean), la sequía continuará, de aquí que nos parezca una mentecatez la anunciada reunión del Parlamento.

EN ITALIA HAY SEQUIA Y ERUPCIONES VOLCANICAS.—Nápoles, 7.—El calor que se siente (y se deplora) en esta castigada región, ha llegado a ser completamente repugnante el jueves último. Y, por desgracia, ha



—Mira, hijo mío: en el Polo la noche dura seis meses.

—Oye, papá, ¿y con qué desayunan?

Dib. FRÍVOLO.—Zaragoza.

comenzado a causar víctimas, entre las que debemos destacar a un infeliz tenor de ópera que, el indicado día, falleció durante la representación de *Aida*. Parece ser que el pobre cantante había ensayado la obra resistiendo una innoble temperatura de 62 grados al sol. Y, por la noche, al volver a cantar la famosa ópera de Verdi, se encontró en la partitura con un *sol* sostenido que no esperaba, por lo cual, el desdichadísimo tenor no tuvo más remedio que morir de una insolación que no hubo manera de evitar.

Como prueba del calor que ha seguido haciendo, diremos que hace cuatro días que el pobre artista murió y que su cuerpo todavía está caliente.

Mussolini no sabe qué hacer para dejarle helado... Se le ha ocurrido hasta dimitir, pero creemos que ni aun así lo conseguiría.

En este momento nos llegan noticias de que el volcán Scapardini ha entrado en erupción y de que en la región del volcán se ha perdido toda la cosecha de trigo.

Nos ha dejado estupefactos el hecho de que la región tenga una erupción enorme, y al mismo tiempo se haya quedado sin un grano, pero así es, por la voluntad del Altísimo, y nosotros no podemos hacer otra cosa que incomodarnos mucho con estas injusticias de la vida y esperar a que el Destino se canse de hacernos la cusca.

CATASTROFICAS TORMENTAS EN BADAJOZ.—*Badajoz, 7.*—Ayer, lo mismo que anteayer, y lo mismo que el miércoles y el jueves, han seguido descargando atroces tempestades en este término municipal. La cantidad de rayos pasa de la raya, y los desperfectos causados por centellas no los paga ni Avellaneda.

Añoche hubo un formidable escándalo porque la compañía lírica de Sagi-Barba se empeñó en anunciar una *Tempestad*, y el vecindario dijo que no toleraba que se le tomase el pelo.

EL CALOR PRODUCE VICTIMAS EN UN CUARTEL.—*París, 7.*—La mala costumbre de construir los cuarteles en los sitios donde da el sol, ha dado lugar ayer a un lamentable suceso. Catorce soldados y un cabo han sido atacados de insolación en el Cuartel de

Juana de Arco, y están gravísimos. Cuando se recogió a las infelices víctimas, los soldados presentaban síntomas de asfixia y el cabo estaba ardiendo, hasta tal punto, que hubo que soplarle. Se dice

que, en el momento de ocurrir el suceso, había en el cuartel 53 grados de temperatura. Y como a éstos hay que añadir el grado de coronel, el grado de comandante, el grado de capitán, el gra-



—Por las mañanas saco a pasear a Fifi, mi perrita inglesa, y por la tarde, a Bombón, mi pomerania.

—¡Hija, llevas una vida de perros!

Dib. Píco.—Madrid.

do de teniente, y otra barbaridad de grados más que también había en el cuartel, resulta que, con tanto grado, la tenían que diñar los soldados, de grado o por fuerza.

El cuartel ha sido desalojado por la fuerza, y esto no quiere decir que hayan ido los guardias a desalojarlo a sablazos, sino que la fuerza que había en el cuartel se ha marchado a otra parte donde pueda estar más cómoda.

Nos alegramos muchísimo de la sabia solución dada al calorífico conflicto.

INCALIFICABLE CHICHARRE-RA EN EL BRASIL.—*Río Janeiro, 7.*—En esta capital llevamos tres días soportando unas máximas, que ni las de La Rochefoucauld.

La gente, con este motivo, está de un humor que espanta, y los crímenes menudean.

El viernes, un elegante caballero hirió con un estilete a una jovencita muy mona, por el sencillo delito de darle esquinazo yendo de paseo. El insensato agresor no tuvo en cuenta que era natural, siendo ella mona, que le quisiera dar un mico; y no pudo justificar ante la autoridad su brutal agresión.

Actualmente el susodicho bestia está en la cárcel, pero ha tenido el cinismo de decir que allí se está mejor, porque,

OROCREMA ALMENDRAS

EL LABOR POPULAR
EMBELLACE LA PIEL



aunque en la cárcel también hace calor, el termómetro no marca allí más que temperaturas a la sombra, y siempre es una ventaja.

EN NUEVA YORK SE FRIE LA GENTE.—*Nueva York, 7.*—No puede

BUEN HUMOR

materialmente soportarse la agobiante solanera que ha sobrevenido por aquí estos días.

Ayer, en la Bolsa, los helados de vainilla han subido cuatro enteros.

El dólar sigue firme, pero la libra está sudando el quilo.

Se preparan varias expediciones al Polo, donde dicen que se está al pelo.

La temperatura al sol, sobre todo los días nublados, es insoportable.

Uzcudun ha tenido que tirar seis pares de calcetines porque el vecindario se quejaba de los aromas de la tierra.

CICLON HORRENDO EN VENEZUELA.—*Caracas, 7.*—El ciclón del mes pasado, que derribó tres casas y dos mil árboles, ha quedado empequeñecido por el ciclón de ayer.

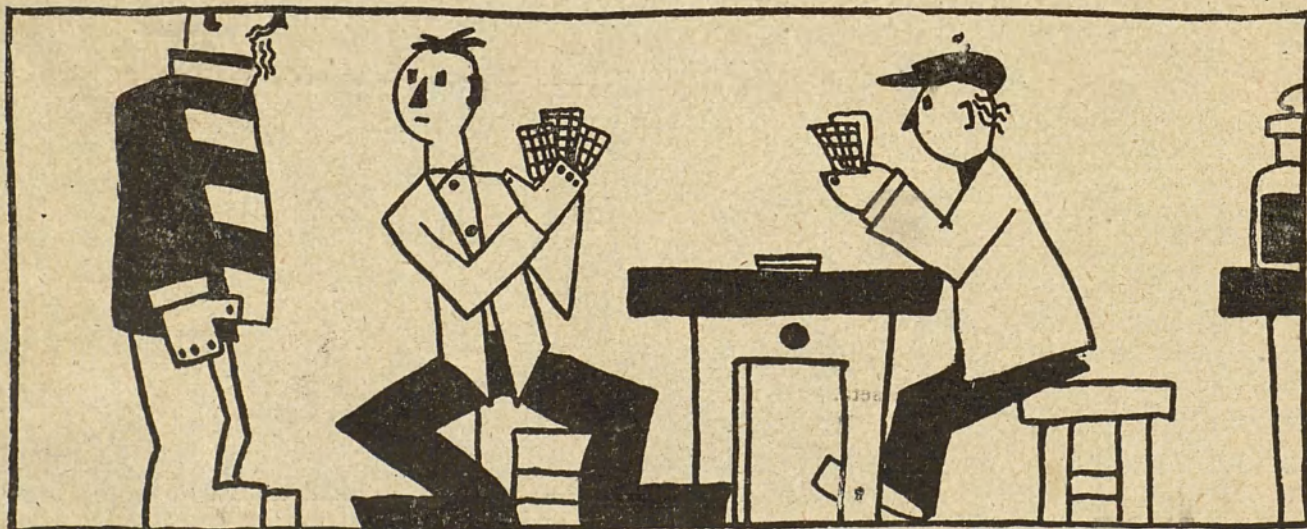
Con decir que éste ha derribado al Gobierno, está dicho la clase de ciclón que habrá sido.

Se señala al general Fernández de los Gómez como probable presidente futuro.

Sigue haciendo un espantosísimo calor, pero todo el mundo conviene en que Fernández de los Gómez empezará a gobernar tan fresco.

Lo celebramos por él.

ERNESTO POLO



—En un día como hoy no debéis jugar a las cartas. Constituye un vicio abominable...

—Si no jugamos; estamos haciendo trampas.

Dib. FURLATITO.—Cáceres.

ER FLECO

(Remedios, guapa y limpia, iba por "La Campana", andando y taconeando como "los ángeles". Aquello no era andar; era *acariciar el cemento*. Iba resuelta, garbosa, flamenca con su mantón de espumas y flores en el moño. De pronto quedó detenida cerca de un hombre. Un fleco de su mantón se había enredado en los botones de la americana de Antonio.)

Remedios.—(Casi chillando.) ¡Ay, várgame Dios! ¿Qué es esto? (Se apresura a deshacer el enredo.)

Antonio.—¡No se apure usted, que no es ná!

Remedios.—Usted dispense... iba de prisa...

Antonio.—Dispensá ¿de qué? ¿Qué más quiero yo en er mundo que quearme así pa toa la vía!

Remedios.—¡Vaya un gusto incómodo! ¡Toa la vía corgao de un fleco!...

Antonio.—Es que der fleco ya procuraría yo pasarme al flaco.

Remedios.—¿Sí? ¿Qué mono, hombre! Bueno, déjese de cosas y ayúdeme, ¡hombre de Dios!

Antonio.—¿Quién? ¿Yo? ¿Vamos! Así me estoy yo hasta Carnavá.

Remedios.—(Dejando la faena y mirándolo cara a cara.) Pue usted ha tenío la curpa.

Antonio.—¿Yo? La curpa es de usted, que va po la calle con ese meneo, ¡cámará!...

Remedios.—O de usted, hijo de mi arma. Si eso que lleva usted en la manga no es un botón: es una bandeja. (Ambos se quedan mirándose unidos aún por el fleco.)

Antonio.—¿Por qué no corta usted?

Remedios.—Er qué, ¿er botón?

Antonio.—No, er fleco.

Remedios.—¡En seguíta! ¡Como no vale ná!

Antonio.—Más vale er botón.

Remedios.—Es verdá, que sólo ar peso... (Acude otra vez a la faena de deshacer el nudo y con cariz de emplear los dientes.)

Antonio.—Na, que no zale.

Remedios.—(Recurriendo a la dentadura.) Verá usted: ahora va a salí.

Antonio.—(Aspira el olor de los cabellos de Remedios.) ¡Qué bien le huele a usted er moño!

Remedios.—Serán los claveles que llevo.

Antonio.—No, no son los claveles.

Remedios.—Pues usted dirá lo que da el oló.

Antonio.—Los claveles no zon.

Remedios.—¡Y dale! ¡Qué pesadísimo es usted, hijo mío!

Antonio.—No zon los claveles. Es que cuando una mujé e tó lo bonita que e usted le huele bien hasta la caspa...

Remedios.—¡Vaya un piropo fino! ¡La caspa!

Antonio.—¿Qué tiene? ¿Es mentira?

Remedios.—Claro que es mentira, porque yo tengo mi cabeza muy limpia.

Antonio.—¿Y quién dice que no?

Remedios.—Que no tengo caspa.

Antonio.—Ya lo sé, que parece azuca.

Remedios.—Pero ¿me ayuda usted o no?

Antonio.—Ahora mismo. (No se mueve.)

Remedios.—Acabe usted, hombre de Dios, que estoy perdiendo la mañana.

Antonio.—Yo le zafaré er núo si me promete usted una coza.

Remedios.—¿Er qué?

Antonio.—No irse en seguíta o dejarme que la acompañe.

Remedios.—Bueno, concedido; pero acabe usted pronto.

Antonio.—(Saca un cortaplumas y corta el botón.) ¡Ya está! A otra coza.

Remedios.—Gracias. Pues yo voy pa mi casa. (Echan a andar juntos. Remedios, callada, alisando el fleco, y Antonio mirando y dándole vueltas al botón.)

Antonio.—¿Vive usted muy lejos?



—¡Qué pocos días duró el pobre Ciriaco! El médico no lo visitó más que una vez.

—¡Ah! ¡Cómo progresa la Medicina!

Dib. TAULER.—Madrid.

Remedios.—No; ahí cerca, en la Plaza Arta.

Antonio.—¡Qué lástima! Ojalá viviera usted en Filipinas.

Remedios.—¡Jesús, hijo mío, qué horroró!

Antonio.—Poco tiempo me queda de ir a su vera. Si yo lo llego a sabé no corto er botón.

Remedios.—Por eso no se apure, que yo se lo coso a usted ahora mismo.

Antonio.—Gracias; pero ¿dónde?

Remedios.—Aquí mismito, en mi puerta. (Llegan a casa de Remedios. Antonio se queda esperando en la puerta, hasta que aparece ella sin mantón, mucho más bonita, y con aguja e hilo en las manos. Antonio se queda alelado.)

Remedios.—Pero quítese usted la chaqueta, hombre de Dios; ¡ay, qué pachorra tién usted, hijo de mi arma!

Antonio.—Ahora mismo. (No se mueve.)

Remedios.—Pa tó e usted tan tardío.

Antonio.—Pa tó, no. Argunas cozas las termino en seguida...

Remedios.—Menos mal. ¿Se la quita usted o no?

Antonio.—¿Er qué?

Remedios.—¡La chaqueta, hombre!

Antonio.—¿La chaqueta? Me vi a quitá hasta el escapulario. ¡Jozú, y qué preciozísima e! ¡Bendita zea lo bonito, lo güeno y la gracia en er mundo!

Remedios.—Bueno, bueno. Deje usted toos esos piropos, que son mentira, y traiga la chaqueta de una ve.

Antonio.—(Se la quita y entrega.) Ahí va; y permita Dió que ezos deos que ahora me cozen er botón sean los mismos que me echen pa abajo los párpados el día que la diñe.

Remedios.—¡Jozú, hijo mío! ¡Pue no e usted poco fúnebre. ¡Ja! ¡Ja!...

Antonio.—¿Quién piensa en morirse mientras está er So fuera y esa boca se ría...

Remedios.—(Rematando el cosido.) ¡Ea! Ya está. Tome usted, y yo le aseguro que no se le caerá.

Antonio.—Muchísimas grazias. Y a ve cuando quiere Dió que me eche usted unos cuchiyos...

Remedios.—¡Ay, de eso no sé! Pero ¿es que piensa usted engordá?

Antonio.—¡Digo! Con tres días seguís que yo hable con usted me tienen que emparma hasta er sombrero.

Remedios.—¿Y eso?

Antonio.—De zatisfazió, Remedios.

Remedios.—Bueno; pues si es verdá, yo le prometo emparmarle todo lo que usted quiera.

Antonio.—Grazia, y ya me voy.

Remedios.—Usted lo pase bien. Ya sabe dónde tiene su casa y una amiga.

Antonio.—¿Y me voy a di azí?

Remedios.—¿Cómo quiere usted irse?

Antonio.—Con una promesa na má.

Remedios.—Diga usted.

Antonio.—Que cada ve que me vea por la calle le dé güelo ar mantón y me enganche por donde quiera.

Remedios.—Vaya tranquilo, que se lo prometo. Pero dígame una cosa.

Antonio.—Usted dirá.

Remedios.—¿Y si cuando lo vea por la calle está usted ya enganchao por otro fleco de otro mantón?

Antonio.—No hay cuidao, porque me queo en camisa y sargo corriendo.

Remedios.—Si es así, bueno. Yo le daré aire ar mantón: descuide usted. Adiós...

Antonio.—Adiós, flor de almendro. (Remedios entra en su casa y canta.)

"Yo de coqueta no peco;

¿tengo o no tengo razón?

Los que enganchan son los flecos, los flecos de mi mantón."

PEDRO RISTORI MONTOJO



—¿Conque tú perteneces a una colonia escolar? Pues por lo mal que hueles debe ser una colonia muy barata.

Dib. TROFF.—Albacete.



—¡Qué cómodas son las cerraduras que permiten mirar sin que a uno le vean!

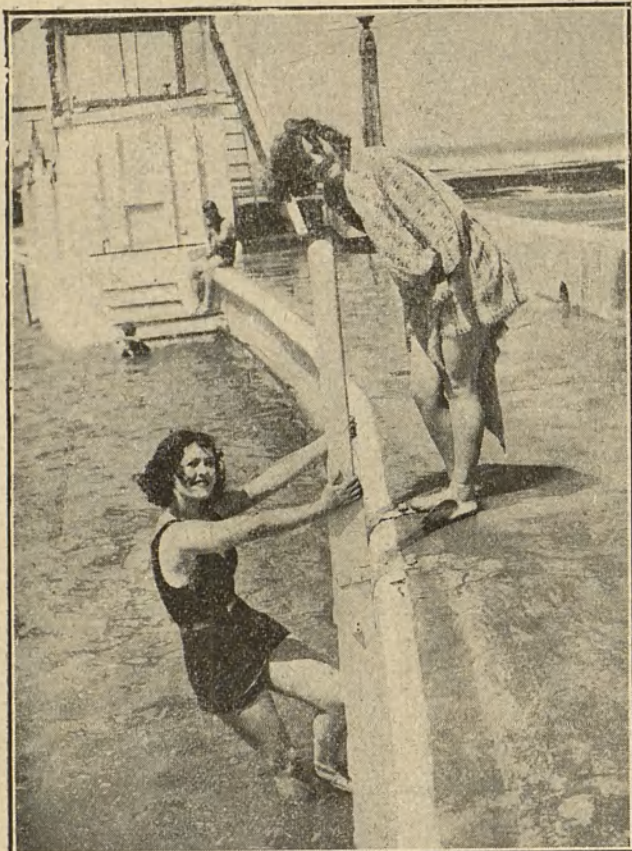
Dib. URDA.—Barcelona.



—¡Ay! Estoy más contenta... Ayer me compró mi marido dos Ruons.
—¡Qué barbaridad! ¿Y qué va usted a hacer ahora con dos automóviles?

Dib. CUESTA.—París.

EXPLAYEMONOS



EXCMO. Sr. Gobernante de la Patria (no ponemos nombre ninguno por no chafar ilusiones de los muchos que creen que ese nombre será, dentro de ocho días, su propio nombre de pila: de pila y de pesebre, juego entero):

a V. E. nos dirigimos, una vez contempladas y ojeadas, con cada ojo de a palmo, las fotografías de las damas retozonas que tenemos el honor de presentar a la admiración del mundo.

Las fotos y sus damas, o más bien, las costumbres de esas damas, nos tienen en conflicto y sin saber qué pensar ni cómo tomar la vida. Por eso acudimos a usarcé, porque el que más y el que menos cree que están los gobiernos para resolver de plano todos los conflictos de la vida.

Y así, nosotros decimos: "¿Cómo cree vuesarcé que debe comportarse el ciudadano—el ciudadano electoral, constituyente, consciente; el ciudadano libre de verdad—ante esas ciudadanas también libres?"

No crea su señoría que tratamos—ni de lejos—de insinuar reticencias moralistas en censura y desprestigio de esas damas. Nada de eso. Entre los cuarenta refajos que usaban—y usan aún—determinadas personas y ese extracto de "maillot" que usan, como vemos, estas otras, nosotros nos inclinamos—y hasta casi nos caemos de tanta inclinación—hacia el uso de estos trajes, esquemáticos y sumarios. Debajo de la alambarrera—verdadera ratonera de la cintura—que usaban "para armar" la falda antigua nuestras respetables abuelas, podía ocultarse y cobijarse la inmoralidad y el diablo con más disimulo y holgura, que debajo de ese "maillot", tan ajustadito y ceñido, que impide de un modo pleno la más mínima ocultación.

No hay moda que tanto dificulte la inmoralidad y el exceso como la oscuridad, la ocultación, el tapujo, la pantalla, el escondite... Ya sabemos que ahora, en las tiendas, dejan todo a plena luz, cuando cie-

rran el establecimiento, medida que fué adoptada cuando se cayó en la cuenta de que los ladrones no podrían operar habiendo luz con la misma facilidad e impunidad que si todo estuviera a oscuras.

Mientras estas ciudadanas pasen fuera de la ciudad el día entero, volatineando por la playa y por las barcas; chapuzándose en el mar, patinando por la nieve, podemos estar seguros de que no habrá en todo aquello "consecuencias que lamentar".

El peligro está siempre en esos casos que hacen exclamar a las mamás: "Pero niños, ¿dónde estáis?" Cuando se los ve, no hay cuidado, aunque den guerra.

Por eso nos parece que esas fotos presentan unos cuadros de costumbres de lo más garantizado que cabe. No hay más que ver, por si alguien lo dudase, que no hay hombres allí.

El único hombre que hay en esas fotos es el invisible: el fotógrafo. Y ese está "del otro lado". Ese tiene que andarse con ojo—un ojo de cristal, impasible—y ha de pasarse la vida demasiado en la cámara oscura para que pueda el infeliz entretenerse con tanta y tanta sirena.



El peligro estaría en que hubiese uno para cada una y pudieran ponerse a jugar ya—pongamos por ejemplo—a las ovejas—"cada oveja con su pareja"—, ya—lo que aún es peor—a las cuatro esquinas. Pero ya se ve: no hay hombres. ¿Dónde, pues, están los hombres? Nosotros, gran señor, sospechamos que están en sus casas preguntándose lo mismo que nosotros: "Y ¿qué hacemos nosotros ante esto? ¿A ver que es lo que hace un hombre!..."

Porque el conflicto, Excelencia, se plantea en estos términos: "¿Qué programa de vida puede hacerse a base de ese plan?"

A primera vista hay uno: seguir el ejemplo de ellas y ¡ya está! Tapatorso pequeño, una barquita, unos "esquíes" y ¡andando! Andando o nadando: a la montaña o al mar... ¡Con viento fresco!... Ahora me chapuzo; ahora me deslizo... Tan pronto ensayo un "plongeon", como me pongo a gatear: al embarcadero, a la barca, al mástil del balandro... Se juega a montar en los caballos de goma..., se tumba uno al sol a dormir..., luego se juega al fútbol en el agua..., después se toma el té en la playa, al son de la radio o del gramófono... y después ¡otro chapuzón!... Vida más higiénica, más sana, más edénica, nos parece difícil hallarla...



Pero ¿y los ingresos necesarios para sostenerse en el agua tanto tiempo sin que nos hundamos al fin?... Ese es el problema, Excelencia. Y por eso recurrimos a V. E.; porque como Su Excelencia es el encargado, según dicen, de regularizar la marcha del Estado, querremos ver si Usía conoce y nos proporciona la manera de seguir en ese Estado, de anfibios paradisiacos, entregados a la onda y a la arena, y al té, y al chapuzón y al chapoteo.

Desearíamos también que nos dijera si en ese Estado ha de incluirse también el estado interesante.

Usted sabe, Excelencia, que ese estado acarrea siempre a las señoras modificaciones de importancia.

¿Qué va a ocurrir cuando eso sobrevenga? Ya no podrán mantener, al tiempo mismo que al rorro, a esa vida. Si se siguen dedicando al chapuzón y al deporte a todo trapo—o mejor dicho, sin trapos—tendrán que ceder los chicos. Y si no ceden los chicos no van a saber qué hacer, por no encontrarse entrenadas.

Antes, las mujeres desde niñas jugaban a las muñecas; así que, al llegar el hijo, ya sabían lo que hacer: ponerle y quitarle trajes; vestirle de marinero si era niño y si no era carnaval; vestirle de torero o cocinero, cuando era carnaval, y a veces de angelito para ir en las procesiones, o vestirla, si era niña, con muchos lazos y cintas y emperifollamientos de mujer para que se fuera acostumbrando.

Pero las damas de ahora, que han vivido desde chicas sin ocuparse de nada y con tanto desembarazo, ¿cómo se las van a arreglar cuando el embarazo venga y cuando sobrevenga lo demás?

Sáquenos, Excelentísimo Señor, de esta incertidumbre tremebunda que tanto debe interesar al porvenir de la patria.

MANUEL ABRIL

PARA LOS MPOS Mi paisano Bautista o un tabernero honrado

Bautista es un tabernero de mi pueblo que vino a establecerse en Madrid. ¿He dicho vino? Pues lo repito, ya que por algo se trata de un tabernero.

Bautista tiene establecida su "tasca" cerca de la Redacción donde trabajo, y con él me encuentro al ir y al venir, y nos saludamos corteses.

Pero ayer me detuve en su puerta, porque mi paisano se hallaba en ella arregando, sirviendo hasta cinco vasos medidos de peleón que sacara del mostrador, adheridos a cada uno de sus vellosos dedos, y me invitó risueño:

—¿No quiere usted un vermut, paisano? Pase usted.

—Gracias, Bautista. Otro día—me excusé.

—Es que se lo saco a la puerta, si le da reparo entrar. Ya sabe usted que al público, aunque no es malo, el vino le estropea.

—Así será él.

—¿El vino?

—No, hombre; el público.

—¡Ah, vamos!

—Bien, Bautista. Y vamos a ver—improvisé por decir algo—tú eres algo psicólogo.

—Sí, algo de eso que usted dice debo de ser yo. De sobra sé que usted no dice una cosa por otra.

—Estimando, simpático homónimo de San Juan. Vamos a ver. ¿Te dan mucha guerra los borrachos?

—Sí, señor; porque hay borrachos muy "frescos".

—¡Hombre! ¿Y cómo puede ser eso?

—Ahí ve usted. Y algunos se traen sus truquitos y todo, que consisten en lo siguiente:

Cuando han bebido mucho fingen estar más borrachos de lo que están (y lo están bastante ¿eh?) y so pretexto de salir a la calle desafiados se largan y pago yo.

—¿Por qué no llamas a un guardia?

—Muy sencillo. Porque si llamo a uno vienen tres o cuatro y los tengo que convidar, y me sale peor la cuenta.

—Otra cosa, Bautista. ¿Qué vino se vende más, el blanco o el negro?

—Verá usted. Algunos curdas tiran más hacia el negro; pero otros tiran "al blanco".

—¿Cuál marea más de los dos?

—Ninguno. El que marca más es el que lo bebe, porque da la primera tabarra.

—Veo que hay dos puertas en tu taberna.

—Eso—sonríe Bautista—tiene su intrínquilis.

—Sí, ¿eh?

—Desde luego. Como los borrachos son hombres sin voluntad, y salen de una taberna para entrar en otra lo antes posible, pues teniendo estas dos puertas que den, como la mía, a dos calles, salen por una y entran por la otra, creyéndose que es una nueva taberna. De ese modo todo se queda en casa. ¿Que son buenos clientes? Entonces, para despistarlos sale a despacharles mi cuñado Palbira. ¿Que son unos pelmas? Entonces los despacho yo.

—¿Tú? ¿Y si te conocen?

—Quiero decir que los echo a la calle, vamos.

—Muy bien, Bautista. Y dime, en tu ya larga vida tabernaria te habrás visto en algún compromiso grave...

—Nunca. El borracho es dócil. Se le lleva adonde se quiere y no vacila. Cuando vacila—y de qué oscilante manera—es cuando va él solo.

—Ya comprendo. Otra indagación, Bautista. Tú eres hombre de honor como lo fué tu padre.

Bautista se entenece y hace un puchero que lo ven los de Alcorcón y lo copian.

—Y como eres hombre de honor—continúo—sé que no sabrás mentirme.

—¿De qué se trata, paisano de mi alma?

—No te alarmes, que no tiene importancia la cosa. Se trata de una pequeña duda de la que quiero salir. ¿Tiene mucha agua el vino?

—Aquí, no, señor.

—Bautista, por tu padre, me das palabra...

—Me pone usted en un aprieto grave. Pero... en fin, se la doy.

—Veo que te pones en serio y eso me satisface.



—No comprendo para qué quiere usted una pistola de siete tiros. Aquí las tenemos de cinco, y me parece que ya es bastante.

—Sí, señor; pero yo necesito una de siete, porque quiero matar a un gato.

Dib. CASTANY.—Barcelona.

Bautista sonríe.

—Entonces—añado—es que el vino tiene agua...

—No, paisano de mi alma. En las tabernas no es el vino el que tiene agua. Es el agua la que tiene vino.

—Ahora me explico que me hayas dado tu palabra de honor.

—¿Y he mentido acaso?

—Nada de eso, Bautista. Conocí a tu

padre, que nunca mintió, y sé que tú has heredado su honradez a falta de otros bienes.

—Sí, paisano. De él aprendí muchas cosas. Y la mejor ha sido no saber mentir. Y ahora, permítame usted que le convide.

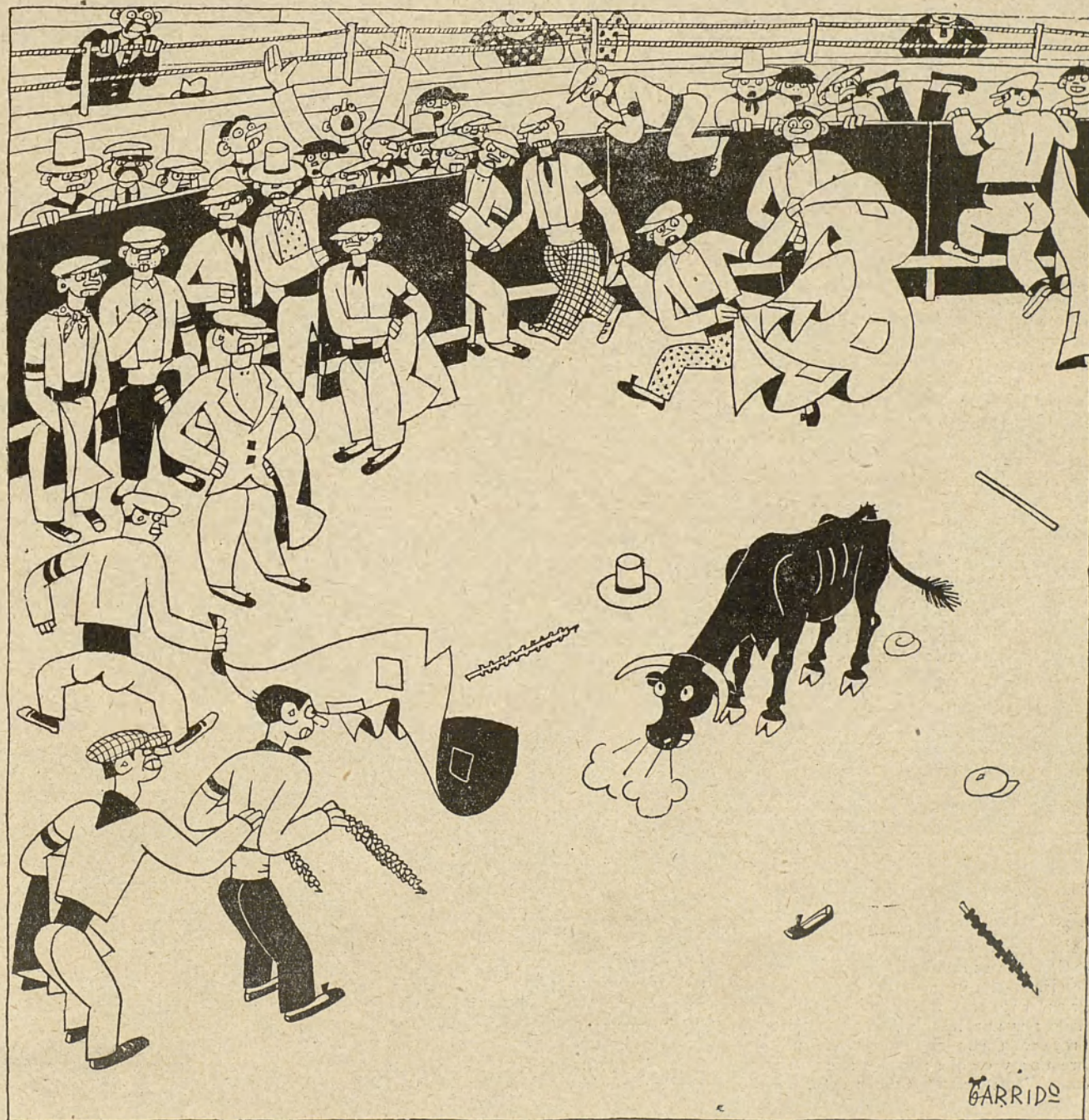
—Pues mira, Bautista, si tienes vino puro me vas a dar un chato. Y si no, me das un vermut.

—¿De qué marca desea usted e. vermut?—sonríe Bautista.

—De la que quieras, Bautista. Así me gustan a mí los hombres. Brindemos por nuestra tierra—dije levantando el vaso—por el pueblo en que nos bautizaron.

—Brindemos, paisano de mi alma—concluyó Bautista—pero no hablemos aquí de bautizo... ¡Lagarto, lagarto!

MIGUEL DE CASTRO



LA BECERRADA DE LOS ZAPATEROS

—Me parece que este par no lo pongo yo ni con "calzador"...

Dib. GARRIDO.—Madrid.

A PIE Y SIN DINERO

Desde mi más tierna infancia tengo la idea de dar la vuelta al mundo a pie y sin dinero; es una ilusión vehemente y dominadora que no deja de obsesionarme; pero a pesar de estos locos deseos no he podido reunir el dinero suficiente para realizar mi sueño.

A fin de reunirlo he abierto hace poco una suscripción entre mis amigos, y la mayor parte de éstos se han hecho los locos; otros me han mandado objetos de arte, pero dinero ninguno. Estos objetos son: un par de pollos disecados, un termo y una cucarachera de ónice, prenda ésta que estimaba mucho el donante, por ser recuerdo de familia. Este aparatito, lindo y útil, llevaba dentro como una media docena de cucarachitas vivas con lacitos rosa, para indicarme que la caza de estos insectos se hacía con lazo.

Pero ¿qué hago yo con estos objetos? Lo mejor que podía hacer era venderlos y los vendí: los pollos disecados, a un fondista; el termo, al Obispado, para cuando oficiara Su Ilustrísima, y la cucarachera, al Círculo de Bellas Artes.

Mi viaje se aplazaba indefinidamente por la carencia de dinero, y esto me entristecía. Yo hubiera podido dar la vuelta al mundo en mi casa porque tenía y tengo—en buena hora lo diga—una esfera con ambos hemisferios: el austral y el boreal, según dicen los inteligentes; pero un viaje así, aunque pudiera ser científico, lo consideré ayuno de emociones, no hay fieras ni tormentas, ni ladrones, ni antropófagos, etc., etc., todo lo que constituye la salsa de estos viajes.

Pero un buen día recibí una gran noticia: un pariente lejano, un hermano de mi padre residente en América, había muerto. Era multimillonario, y dejó su fabuloso caudal a todos los Pérez, parientes suyos. Mi alegría por esta defunción fué inmensa, porque pronto sería rico y realizaría mi anhelado viaje, tanto tiempo contenido por mi pobreza.

El arreglo de la testamentaria y la comprobación del parentesco de los Pérez que en el mundo son, duró diez años, y cuando se hizo el reparto tocamos a veintisiete duros.

Con este capitalito decidí hacer el viaje circunvalatorio que me llenaba de alegría; pero ésta se veía a veces empañada por una ligera sombra de tristeza, proyectada por el recuerdo de mi pobre tío; y es que siempre nuestra dicha causa alguna víctima, algún dolor; siempre es a costa de alguien, que en esta ocasión era mi malogrado pariente muerto en Jalapa, de disenteria.

Listo de todo, indumentaria y ense-

res, visité las Redacciones de los periódicos y revistas, que publicaron sendos artículos y mi retrato con el bonito traje que me había hecho para esta hazaña. Avisé a mis amigos y admiradores, y me hice tal reclamo que la gente se ocupaba de mí en público y en privado y se me preparaba una despedida entusiasta.

Señalé mi partida para un día de noviembre próximo pasado, a la hora del crepúsculo vespertino; quería salir entre dos luces, que es la hora en que los tontos se entristecen.

Llegó el momento venturoso, tanto tiempo esperado, y nervioso y preocupado andaba de un lado para otro terminando los últimos detalles, dando disposiciones a mis deudos, adquiriendo objetos que suponía necesitar en mi peligrosa odisea, recomendando cuidados a mi canario ful, tomando nota de mil encargos que me hacían, y confesando y comulgando como Dios manda, pues aunque uno no crea en esas cosas, en los trances difíciles de la vida conviene cumplir con todos, por si acaso.

Al llegar al lugar señalado para mi partida, no había nadie; era extraño, ¿verdad? Quedé perplejo y cariacontecido. Alguien me dijo que el público se había marchado porque era tarde; en efecto, observé que el sol también se había ido, es decir, se había puesto antes de tiempo, y el público, al ver que las sombras se le echaban encima, huyó sin esperarme, sospechando una desgracia.

Quedé desolado, enfermo; me fui a

casa, me metí en cama y deliré, tuve una fiebre de cuarenta y tantos grados.

Es horrible estar deseando con fruición realizar un acto del cual depende la felicidad, porque lleva aparejado la conquista del renombre y la consideración universal, y por un descuido, por una nonada, perderlo todo, incluso la salud.

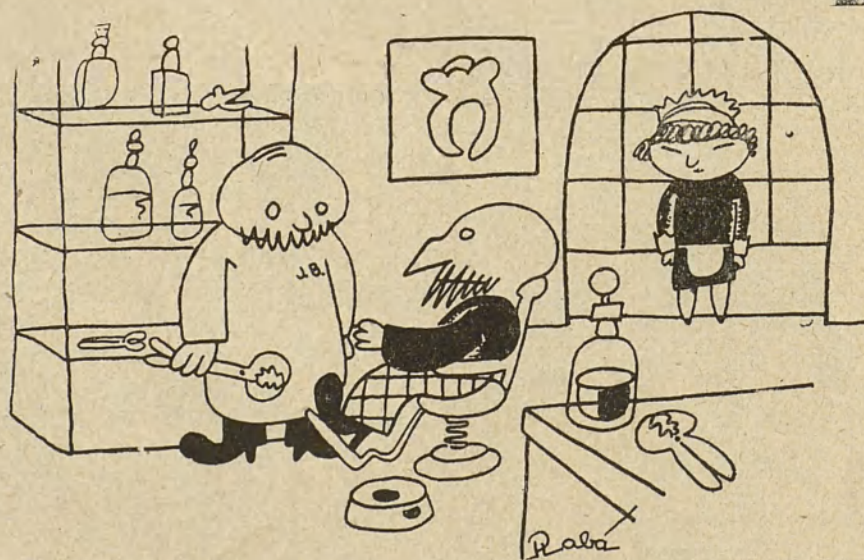
¿Qué hacer ahora, cómo publicar otra vez que voy a dar la vuelta al mundo?

Nadie me creería; y hacer ese *tour de force*, que dicen los andarines franceses, sin anuncio, sin que nadie se entere y no recibir el holocausto de la muchedumbre, es tonto. En la vida es principal estímulo, para hacer algo de provecho, la popularidad, la admiración de la gente, excitadas por nosotros. Porque si no se tiene el homenaje público, ¿para qué trabajar, para qué sacrificarse por la Humanidad? Es preferible no hacer nada y dedicarse a las labores propias de nuestro sexo, es decir, comer, beber, fumar, dormir e ir a los estrenos a patear.

Y era una lástima que mi proyecto fracasara, porque yo iba a dar la vuelta al mundo en zigzag, no en línea recta, como los *globe trotters* vulgares, y la iba a dar en tres etapas nada más.

Mi dolor no tiene alivio, y sólo me queda un consuelo de no haber realizado este glorioso viaje, y es que voy a pie y sin dinero por las calles de Madrid. Algo es algo.

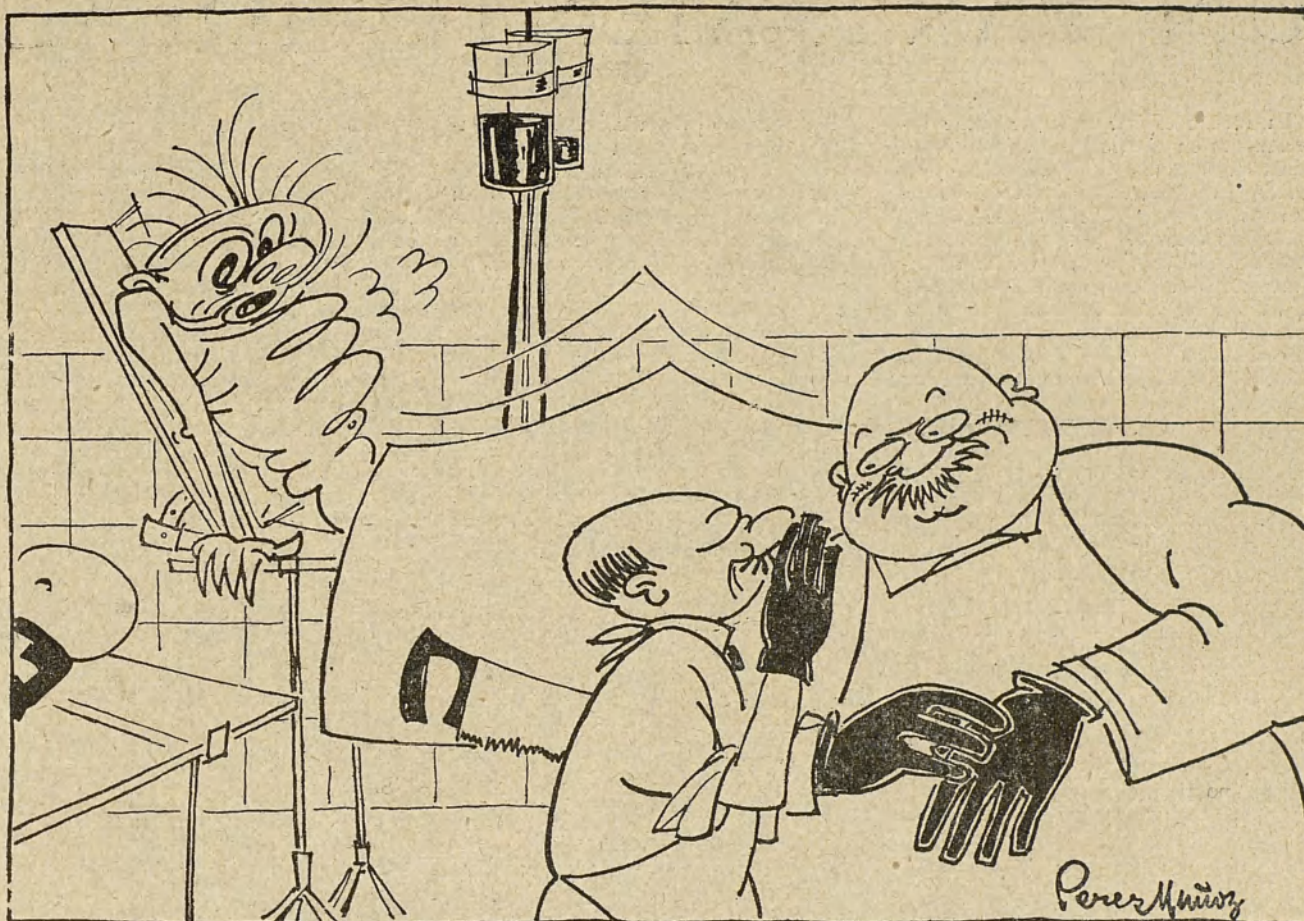
VICENTE PEREZ-PASCUAL



—Y ¿qué haría usted si después de sacarle una muela a un cliente se negase a pagarle a usted?

—Nada: sacarle otra.

Dib. RABÁ.—Santander.



EL MEDICO SORDO

—... toros...
 —¿Eh?
 —¡Que no nos metamos en filigranas, que se nos hace tarde para los toros!

Dib. PÉREZ MUÑOZ.—Madrid.

HONGOS Y SETAS

Por el Laboratorio del Municipio que en hacer cosas buenas no pierde ripio, hay publicadas reglas trascendentales para evitar conflictos intestinales por si acaso nos ponen en los guisados setas tóxicas y hongos estropeados; pues más de un hombre muere (yo lo supongo) bajo el desagradable peso de un hongo y más de cuatro amigos (no es cuchufleta) se han ido al otro mundo por una seta.

Dice el Laboratorio que no las comas si de color varían; si tienen gomas; si fácilmente sueltan jugo lechoso; si les salen verrugas como a Gayoso; si un cerco por debajo del sombrerete o agujeros (no dice si seis o siete) las dan el raro aspecto de una ocarina (que también, si la tocan, es muy dañina); si contienen gusanos o están mohosas, y, en fin, lector, te advierten otras mil cosas,

y, además, que las hiques muy pronto el diente, puesto que se estropean rápidamente, como algunas mujeres que son bonitas y se estropean pronto las pobrecitas.

Hay que cocer las setas con gran reposo, porque así se las quita lo venenoso, y después que han cocido (lo cual no es triste, pues ver hongos cociendo tiene su chiste) para evitar que maten como un torpedo, se les tira a la calle, y así no hay miedo...

En fin, lector querido, ten por tu parte mucho cuidado para no intoxicarte, recordando, aunque creas que es un capricho, esto que ya otras veces te tengo dicho: las setas, de los hongos emponzoñados en Madrid se distinguen (y en todos lados) en que cuando son setas, suele la gente digerirlas con juicio generalmente; pero cuando son hongos (y no es rareza) en seguida se suben a la cabeza.

JUAN PEREZ ZUÑIGA

UN PARLAMENTO IDEAL

La verdad es que nadie se siente representado en Cortes por el individuo a quien ha otorgado su voto. Porque ¿qué ideales persiguen, en el mejor de los casos, los padres y abuelos de la patria? Pues esas cosas manidas que constituyen la primera lección de la asignatura política: elevar el prestigio del país, honrar el viejo solar de nuestros mayores, hacer que nuestra voz se oiga en el concierto de las naciones, alumbrar nuevas fuentes de riqueza, promover el bienestar del país, empuñar la antorcha del progreso y otras cuatro gansadas por el estilo.

En el fondo, en el verdadero e íntimo fondo de cada quisque nada de eso emociona. Usted pregunta a cien individuos qué es lo que más les interesa en

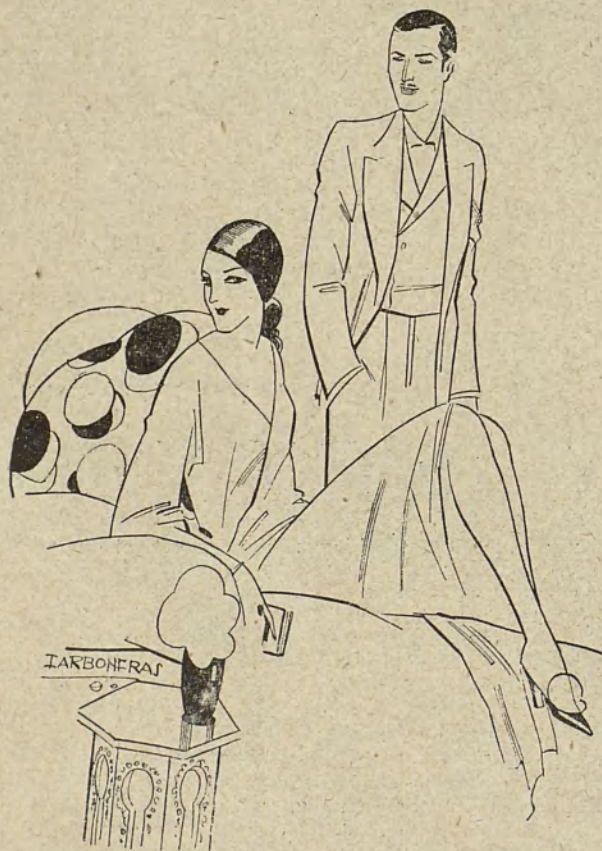
este mundo y noventa contestan sin vacilar: "A mí una buena mujer".

Pues bien, ¿por qué los que así piensan no han de estar representados en Cortes por personas que encaminen todos sus esfuerzos al fomento de las buenas mujeres y a hacerlas más asequibles al pueblo? Claro es que no todas las buenas mujeres están disponibles y que muchos hombres se sentirían celosos, pero ahí tienen ustedes otro motivo de representación parlamentaria: el de los maridos burlados. Se trata de una falange de hombres protagonistas de toda la literatura que se hace en el mundo. No hay película, comedia o novela en que no salgan a relucir, y no tienen quien los defienda. ¿Por qué no habían de constituir una minoría de derechas, con opción a pedir

que las Cámaras se constituyeran en sesión secreta en la que pudieran referir unos sus cuitas y otros sus cuotas?

No hay razón para que las seis mil personas que viven en un pueblo, si piensa cada cual de modo distinto, estén representadas por el mismo diputado. Es más lógico que éste represente a los miles de personas desperdigadas por toda España y que acarician un mismo ideal; pero no un ideal de izquierdas o derechas, de monarquía o de república, que en realidad no conmueven a nadie, sino un ideal de esos que atan fuertemente a unas personas con otras.

¿Habrá en el país fuerza superior a la que representan los entusiastas de la paella valenciana? ¿Por qué han de estar desunidos y dispersos? ¿Por qué no han



—¡Todo lo que hay en la casa lo he traído yo! ¡Dinero, ropa, muebles! ¿Qué tenías tú antes de casarte conmigo?

—Tranquilidad, hija.

Dib. CARBONERAS.—Madrid.



—Para tener salud duermo siempre con la ventana abierta. ¿Y usted?

—Con la boca nada más.

Dib. KAR.—Valencia.

de tener un diputado que defienda el derecho de hacer lumbre en un bosque para codimentar un arroz? ¿Es más respetable la riqueza forestal que la satisfacción del apetito?

También los viciosos constituyen una masa imponente. ¿No merecen los borrachos tener siquiera media docena de diputados a quienes, en vez de agua y azucarillos, sirvan los ujieres un chato con tapas a cada tres minutos de su discurso?

¿Y los jugadores? En lugar de esas comisiones vergonzantes que llegan de provincias para gestionar la restauración de los juegos de azar, ¿por qué no había de alzarse en el Parlamento la voz elocuente de un diputado, elegido por todos los jugadores de España, que supiera conmover con sus imprecaciones?

“Grande es el Dios del Sinaí; pero más grande es el individuo que hace saltar la banca y en tres minutos se embolsa cien mil duros”...

Y quien dice esas cosas dice otras mil por el estilo. No diré yo que una minoría, pero siquiera un diputado deberían tener los propietarios de gramófonos, los coleccionistas de sellos, los aficionados a toros, los que se tiran del tranvía a toda marcha, los que fuman en sitios en que está prohibido, los que se hurgan las narices y otra infinidad de electores que están unidos por nexos impalpables, pero de indudable vitalidad.

En cuestión de intereses materiales, ¿habrá interés más real y verdadero que el que atañe a la conservación de la vida? Pues, ¿por qué hemos de dejar, por ejemplo, la defensa de los tuberculosos a gentes de buena voluntad que organizan diversiones, pero que no están atacadas por el mal y no logran, por tanto, conmover definitivamente al público? ¿Cuánta gente no elude las calles céntricas los días de Fiesta de la Flor, para evitarse encuentros que cuestan calderilla? Aun ese pequeño esfuerzo se les regatea a las víctimas del bacilo de Koch; pero, en cambio, ¿qué proyectos de ley no se aprobarían en una sola sesión cuando fueran defendidos por un orador que terminara su discurso con un pequeño vómito de sangre? Ojos que no ven, corazón que no siente. Y lo que se dice de los tuberculosos se puede decir de los cancerosos, de los reumáticos, de los herpéticos y de los dispépticos.

Todo cuanto imaginen nuestros arbitristas sobre el mejor método de elegir representantes en Cortes, con las consabidas zaragatas de distritos, circunscripciones, sufragio restringido, voto corporativo, etc., fracasará inevitablemente. El día que un diputado represente una afición, una manía, un vicio, un estado de ánimo, un anhelo de salud y cosas así, el Parlamento tendrá una sinceridad avasalladora y triunfante.

RAMIRO MERINO



—A mí me gustaba más la moda de la falda corta.
—Si fueses casado, como yo, te daría igual; a la corta o a la larga, tendrías que pagar.

Dib. PILAR.—Madrid.



—Me ha dado usted unos timbres que saltan todos.
—¿Pues no ha pedido usted timbres móviles?

Dib. SIAU.—Barcelona.

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de septiembre

Uno de nuestros más bizarros colaboradores ha tenido la fortuna de encontrarse en la vía pública, entre zanja y zanja, dos billetes. Uno de ellos es un billete amoroso, ingenuo como un presunto elector, del cual damos aquí la mitad siniestra, con la mucho más siniestra intención de que nuestros lectores entretengan sus ocios veraniegos en completar la otra mitad. Dice así:

Señorita Nicasia V.....

Encantadora señorita,

Cuando la ve antes a.....

Ildefonso, quede apasionadame.....

su modo retrechero de llevar e.....

ni bebo, Nicasia, y mi vida de.....

arrabalero. Y por eso la envío.....

84439 para devolvérmelo con.....

un no que precedería breves m.....

Esperando que no sera.....

su más tierno y rendido ador.....

2 Septbre 930

Aristog



Y el otro billete, que es nada menos que de

C I E N P E S E T A S

hemos acordado, previa cesión desinteresada de su "suertoso" poseedor, entregárselo a aquel de nuestros dilectos lectores que nos remita la media más parecida a la otra media; es decir, la media carta que se aproxime más a la que conservamos en nuestro poder.

Y ni que decir tiene que en caso de empate procederemos al sorteo de las cien bernardinas con una seriedad busterkeatoniana o pamplinesca.



CUENTOS JUDÍOS

Llega un judío a un villorrio y, dirigiéndose a un viejo que pasa por la calle, le dice:

—¿Me permite que le haga una pregunta?

—¡No faltaba más!

—¿Puede usted decirme dónde vive Reb Yankel?

—¿Qué Reb Yankel?

—Reb Yankel, el tuerto.

—¿Tuerto? No; aquí no hay ningún Reb Yankel que sea tuerto.

—Se trata de Reb Yankel, el que tiene la nariz torcida.

—¿Reb Yankel, que es tuerto y tiene la nariz torcida? No; no le conozco.

—No es posible. Todo el mundo le conoce. Además, es jorobado.

—¿Dice usted que es jorobado, que tiene la nariz torcida y que está tuerto? No; no le conozco.

—¡Vamos, hombre! También cojea.

—¡Ah!... ¿Dice usted que también cojea? ¡Pues claro que lo conozco! ¿Quién no conoce a ese santo varón? Pues mire usted: allí enfrente vive, precisamente.

Bloch, sintiendo próxima su última hora, manda llamar a su amigo Blum.

—Buenos días, Bloch—dice éste al llegar—. ¿Qué sucede para que me llames con tanta urgencia?

—Que voy a morir, Blum. Tengo que hablarte.

—¡Qué bobada! ¡Si tú eres de los que llegan a los cien años!

—¡Vamos, Blum! ¿Por qué va a tomarme la muerte a cien, cuando puede tenerme por noventa y cinco?

Durante la Revolución, un sacerdote, deseoso de poner en seguro, antes de expatriarse, un magnífico crucifijo, busca en vano a quien confiárselo. Alguien le sugiere que se lo deje en depósito a Levy, el único judío del pueblo. El cura corre en busca del judío.

—Tengo entendido que es usted un hombre honrado, señor Levy. ¿Quiere usted hacer un favor?

—Estoy a su disposición, señor cura.

—Verá usted de qué se trata. Ya sabe usted que los tristes tiempos que corremos me obligan a huir. ¿Quiere usted guardarme, hasta la vuelta, este crucifijo

de oro? A mi regreso le recompensaré cumplidamente.

Levy acepta. Toma el crucifijo y lo esconde en su cueva.

—Buenos días, señor Levy. ¿Tiene usted mi crucifijo?

—¡Claro que sí, señor cura! Tenga un poco de paciencia, que voy a buscarlo.

Levy vuelve a subir en seguida con un crucifijo de oro, pero pequeño.

—Pero, señor Levy, debe usted equivocarse. Mi crucifijo medía tres pies lo menos.

—Vamos, señor cura. ¡No querrá usted que Cristo haya permanecido durante dos años en casa de un judío sin adelgazar un poco!

Isael, que se encuentra en el Paraíso desde hace un año, se aburre soberanamente. Solicita una audiencia de Dios. Y cuando se encuentra en presencia del Señor:

—¿Qué quieres, Isael?—le pregunta Dios.

—Señor, me aburro aquí.

—¿Que te aburres aquí?

—Sí, Señor. Estoy cansado de cantar siempre tus alabanzas. Quisiera hacer otra cosa.

—¿Qué?

—Volver a París. ¡Ah, Señor, si supieras qué vida nos damos en París!

—Muy bien. Busca al ángel Gabriel y pídele un billete de ida y vuelta para París por quince días.

Isael, en posesión de su billete, sale para París, donde se divierte de lo lindo. El último día de su estancia en la tierra, se encuentra un amigo en la plaza de la Opera.

—Pareces preocupado, Isael. ¿Qué te sucede?

—¡Ah! ¿Cómo quieres que no esté preocupado? ¡Figúrate que no encuentro a nadie que quiera comprarme mi billete de vuelta!



El conserje, al profesor.—Está usted equivocado, señor; su conferencia es para mañana, aunque, a juzgar por las entradas que se han vendido, podría usted darla ahora...

(De The Humorist.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes."

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Dos vecinos se encuentran en la calle, frente al portal de la casa donde viven. Desde allí uno de ellos percibe la voz de una cantante, y le dice al otro:

—Me parece que ésa, que todo el día está cantando, llegará a emular las glorias de la Barrientos.

—Chico, no hables con guasa de ella, pues es mi mujer. La semana pasada debutó como "estrella" en la fiesta mayor de Marrampíño y obtuvo un éxito ruidoso. Para que te des una pequeña idea del formidable éxito alcanzado en ese debut, sólo he de decirte que con los presentes que todo el pueblo le dedicó tenemos asegurada la comida para medio año.

—¿Así que los regalos fueron de gran valor?

—Hombre, de mucho valor, que digamos, no; pero sí de mucho peso. Tuvimos que al-

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

El maestro.—Si sigue usted tan desaplicado, escribiré a su papá para que venga a visitarme.

El alumno, hijo de un médico.—Mejor será que no le llame, porque cobra cien pesetas por visita.

P. Rojo (Ronda).

haber tirado a su suegra desde el segundo piso?

—Sí, señor juez; ¡hubiera preferido tirarla desde la azotea!

Labra (Jerez de la Frontera).

—Este año veraneamos en Pozuelo.

—Venios con nosotros a Las Rozas, que es mejor.

—Poco se llevarán...

—¡Mujer, más cerca de Deauville estaremos!

Ardura y Múgica.

—Ya sé que tu señor suegro es campeón de resistencia bajo el agua.

—Pues mira, chico, sabes tú más que yo. ¿Y cómo ha sido eso?

—Pues porque ha estado tres horas con un cubo lleno sobre la cabeza.

Enrique Soto y Soto.

Un francés le decía a un andaluz:

—Cogí yo unas fiebres en la Patagonia, que el médico que me asistía, cuando me tomaba el pulso, retiraba la mano en seguida porque se quemaba.

ALBERTO

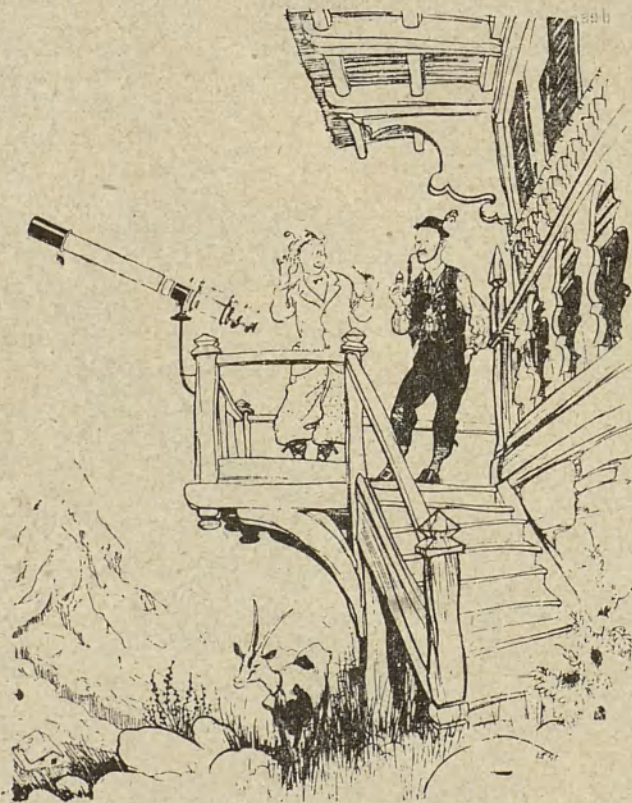
Pulseras de pedida.

7. CARRETAS. 7

—Eso no es na—dijo el andaluz—. Tuve yo unas en la Martinica, que el médico, para tomarme el pulso, lo hacía con unas tenazas.

Manuel Pérez y Pérez.

El médico del Hospital, al pasar la visita, se acerca a la cama de un pobre viejo y le pregunta:



El turista.—¡Qué lástima! Este año no se oye el eco que se oía el año pasado.

—Es que el encargado del eco me lo han contratado este año para impresionar películas sonoras.

(De The Passing Show.)

Ventiladores

LOS MEJORES. LOS MÁS
ECONÓMICOS. CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. — MADRID

quilar dos carros de transportes para llevarnos las hortalizas y legumbres.

Santiago Granja.
(Barcelona).

El juez.—¿Conque dice usted que está arrepentido de

—¿Cómo se encuentra usted?

—Tan mal, que si ahora mismo me dijeran que me había muerto no me extrañaría.

Juan Carrasco (Sevilla).

Un capitán a un soldado muy bruto.—¿Qué se hace para presentarse a un superior?

Soldado.—Cuadrarse.

Capitán.—¿Y después?

Soldado.—Saludar.

Capitán.—¿Y después?

Soldado (viendo a su jefe cada vez más acalorado).—Esperar que le den a uno un tortazo.

Justo Urbistondo (Madrid).

—Mi mujer acaba de dar a luz.

—¿Un niño?

—No.

—Entonces es una niña.

—¿Y cómo lo sabes, si eres al primero que se lo digo?

Tirolés (Segovia).

Sin novedad:

Una gran dama inglesa, que ha estado fuera ocho días, telegrafía a su mayordomo que vuelve a casa y que vaya a buscarla al muelle.

—Y bien—pregunta al mayordomo—, ¿hay alguna novedad?

—No, señora... ¡Ah!, es decir, sí. Vuestro perro ha muerto.

—¿Cómo? ¿"Gris-gris" muerto? Pero ¿de qué ha muerto?

—Ha muerto quemado en el incendio de las cuadras del castillo.

—¿Cómo? ¿El incendio de las cuadras? ¿Y los caballos?

—Se han quemado, igual que los coches.

—¿Pero cómo se ha producido el incendio de las cuadras?

—A consecuencia de una chispa que ha venido del castillo.

—¿Cómo? ¿El castillo también se ha quemado?

—Sí, señora.

—Pero ¿cómo?

—De resultas de los cirios que estaban encendidos al lado del ataúd del señor.

—¿Cómo? ¿Mi marido...?

—Sí, señora; el señor se ha suicidado al saber que su banquero ha hecho suspensión de pagos.

Sin. Ver. Güenza.
(Barcelona).

—¿Cuál es el semanario más joven y más propio para el verano?

Los hombros del interpelado escalan las orejas.

—Pues el BUEN HUMOR. Porque tiene un "Abril" y un "Polo".

Enrique Lázaro (Valencia).

—¿El colmo de la economía?

—Gastar en el coche gasolina de segunda mano.

Frente al Norte (Palencia).

—¿Qué son microbios?

—Animalitos que no se pueden ver.

—Ponga un ejemplo.

—Mi primo y su suegra.

Garufa (Santa Olalla,
Santander).

En una reunión:

Disputaban varios vecinos en un pueblo sin conseguir ponerse de acuerdo. Uno de ellos, deseando saber la opinión del cura, que estaba presente, le preguntó:

—¿Y usted qué dice, padre?

—¿Yo? Digo misa.

Peluca (Daimiel,
Ciudad Real).

—Oye, Pepito, ¿sabes cuál es el animal más parecido al hombre?

—El mono, hombre, el mono! ¡Mira que tiés preguntas tontas!

—Pues no, señor.

—¿Cuál va a ser, entonces?

—La mujer.

Anclauve (Baracaldo).

Un baturro se dirige a un factor de la estación de Zaragoza y pregunta:

—Oigasté, ¿a qué hora sale el tren de las nueve y cuarenta?

—A las diez menos veinte.

—¡Otra, ridiós! Siempre están variando las horas.

Licenciado San Román.

En un departamento de tercera. Entra un "grullo", y toma asiento. Se echa la noche encima, y empiezan a desprenderse de aquellos pies unos vapores que, si fuera posible condensarlos, haría invencible a la nación que los poseyera.

Los compañeros de asiento no pueden ni quedarse dormidos entre aquellos olores y la temperatura tórrida que les rodea. Andalucía, agosto...

Por la mañana, que también amaneció aquel día, se desespera el interfecto y quijumbrea al notar que no pue-

de mover uno de sus "olorosos" remos. ¡Concho, que se me ha dormido un pie!

—Mírelo usted bien, compadre—le contesta un flamenco—, que lo que yo creo ¡mardita sea la ma! es que se le ha muerto.

Emilio Mascort.—Sevilla.

En el salón de baile:

Un elegante joven se acerca a una muchacha muy linda, y después de trabar conversación con ella, le interroga:

—¿Usted se llama?...

—María de la O.

—¿Eh?

—¡O!

—¡Ah!

J. G. O.—Tárrega (Lérida).

TRABALENGUAS

Adoración adorada, te adoro adoradamente; si me adoras igualmente será mi dicha dorada.

Dora; yo te adoraré y espero que tú me adores; adorándote estaré, como adoran mis amores.

Tu adorador adorado, que siempre te adorará. de adorarte no ha dejado; adórame pronto ya.

León Cembrano.—Madrid



—¿Es éste el perro del que hay que tener cuidado?

—Sí, señor. Hay que tener cuidado de no pisarle.

(De London Opinion.)



Correspondencia muy particular



E. L. C. (Bilbao).

Su articulo estival, de fondo poco moral, titulado "El flotador", es prueba de lo animal que puede ser un autor.

D. J. B. (Madrid).—Después de improbables esfuerzos para descifrar su satánica e intolerable letra, resulta que nos hemos encontrado con que el trabajo tiene gracia. Y, ¡claro!, sin detenernos a pensar en el ratito que le espera al linotipista, lo hemos enviado a la imprenta, lo que quiere decir que un día de éstos se publicará con la consiguiente satisfacción de usted.

Carlos (Madrid).—Eso tiene varios inconvenientes, que nos impiden tomarlo todo lo en serio que usted quisiera: que no es interesante, que es más soso que un pollo "pera", que está pasado de actualidad, que a ratos huele bastante mal, que es muy largo y que tiene una serie de faltas de ortografía que arruga el hígado. ¡Nada más!

Zeda (Alicante).

Aunque eres poeta, Zeda, no eclipsarás a Espronceda.

Ponte (Sevilla).

Eso de "La canariera", ilustre colega Ponte, le da neuralgia a cualquiera que no sea un mastodonte...

De manera, Ponte, que "quitate"... ¡Quitate de nuestra vista para "in eternum", porque si no vamos a tener un disgusto muy gordo el día menos pensado!...

Pinocho (Burgos).—Se ve que usted, a pesar de querer tomar a broma las carreras de galgos, no ha visto todavía ninguna. ¿Para qué se mete usted en esos trotes, amigo mío?...

Pepe Peso (Sevilla).

¡Cuidado que es malo eso, estimado Pepe Peso!

E. S. B. (San Sebastián).—

Sea usted donostiarrá, sea usted veraneante, es usted un pobrecito majadero que nos infunde una compasión desmedida y exorbitante. Gracias a eso no le decimos algo gordo, aunque hay motivo más que fundado para toda clase de obesidades insultantes.

El Barquero (Santillana).

¡Ay, mi querido Barquero! ¡Has metido el remo entero!

L. D. (Lima).—Lejos está usted de la Redacción de BUEN HUMOR; pero más lejos está su artículo de publicarse, a pesar de habérnosle usted acercado con una amabilidad que no sabemos cómo agradecer.

Y ya que es usted tan amabilísimo, ¿tiene usted algún inconveniente en darle recuerdos de nuestra parte al revolucionario e implacable coronel Sánchez del Cerro? ¡Pues si no, lo tiene, déselos, y reciba usted un millón de gracias anticipadas!

T. B. N. (Madrid).—En usted vemos destellos humorísticos muy dignos de tenerse en cuenta; y, por lo mismo,

los elogiamos con toda la expansión de nuestro galante pecho. Usted es de los que, si se empeñan en ponerse pesados, acaban por acertar. Nos costaría largos ratos de copioso llanto el equivocarnos en este juicio.

Melitona (Santander).

El cuento que Melitona manda desde Santander no está bien más que en "Ces-tona".
¡Y qué le vamos a hacer!

S. C. V. (Valencia).—Su sarcástica elucubración no puede publicarse, porque es más seria que un ajo. Y le recordamos a usted también que no se devuelven los originales, aunque esto sea motivo para que nos dedique usted otro ajo todavía más serio que el citado.

M. G. A. (Granada).

He de decirle, ¡ay de mí!, que no sirve "El Potosí".

Morato (Madrid).

Con los versos de Morato hemos pasado un mal rato.

B. B. B. (Málaga).—Sola-

mente nos ha gustado, y únicamente se publicará, de todas sus repetidas y fenomenales remesas, el dibujillo que llegó el último y en simpática soledad. Es preciso que afine usted un poco más para que aquí sigamos teniendo la ruidosa satisfacción de complacerle.

Ché (Valencia).—Se aprovecharán algunos... Dos, tres, cuatro..., ¡ya veremos!... Re-

cuerdos reverentes a la ilustre Virgen de los Desamparados.

Puig (Barcelona).—No podemos complacerle, y lo sentimos una barbaridad, querido noy.

Un admirador (Zaragoza).

No estimamos pertinente ese elogio a BUEN HUMOR que fina y galantemente escribe "Un admirador".
¡Y nos daría rubor que lo leyera la gente!

De modo, querido admirador, que trate usted de otras cosas que no nos toquen tan de cerca, y ese es el camino recto y llanísimo de que lleguemos a entendernos.

Palmada (Madrid).

Como el cuento de Palmada es una brutalidad, no hemos podido hacer nada. ¡Lamento la animalada, la parto por la mitad, y al cesto va desbocada con feroz velocidad!

X. Z. (Burgos).—Publicaremos uno de los dos que manda, y publicaremos los dos si no fuera por el pie que tiene el que no vamos a publicar. Quizá esto no esté muy académicamente escrito; pero con que usted lo entienda nos basta.

R. B. O. (Sevilla).—Si usted vendiese su "asaúra" por kilos se hacía usted más millonario que Rockefeller y, además, resolvía usted en el acto el pavoroso problema del hambre universal. ¡Rediéz con el amigo!



MARCA REGISTRADA

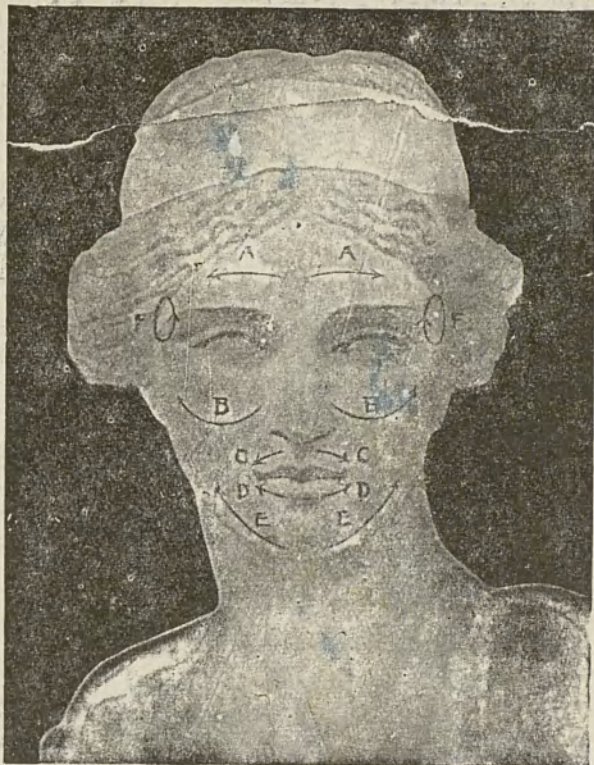
CANAS

Sin teñir, desaparecen usando BRILLANTINA INDIA

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO

Por mayor: JOSE BARREIRA. — Calle Muñoz Torrero, 6. — MADRID



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—¡¡Qué tonta!! ¿Por qué no fuiste a la verbena?.....
—Porque le dije a mi padre que me tenía que dejar algo pa los cerdos....., ¡¡y me dió unas cáscaras de melón!!.....

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CASERO.—Madrid.